

ido con su discípulo para sacar agua del lago, este llegó allí el primero, como más joven, y vió una serpiente. Advirtió de ello desde lejos al viejo, quien le gritó que le pusiese el pié sobre la cabeza y la aplastase; pero el discípulo espantado se volvió atrás en vez de hacerlo. Entonces el santo abad se fué derecho á la serpiente, y apercibiéndose de esto el animal fué a esconderse en el fondo del desierto, como si hubiera tenido vergüenza de verse vencido por su intrepidez.

No queria que los jóvenes solitarios hablasen de cosas de las que no tuviesen todavía bastante experiencia, sino era para instruirse. Y dijo á un hermano que queria entrar en plática con él sobre ciertos trabajos que jamás habia emprendido y de los cuales afectaba hablar como si fuese en ellos muy entendido: « Hermano mio, todavía no habeis subido al barco, ni siquiera habeis metido en él vuestro, pequeño bagaje ¿ y quereis ya haber llegado al lugar á donde os proponeis ir? Podreis hablar como lo haceis cuando tengais un poco más de experiencia de la que teneis al presente. ».

Llegó á una gran vejez, aun cuando habia pasado su vida en los combates contra los espíritus de tinieblas y en grandes austeridades. Moró más de setenta años en la soledad; y al final de sus dias, Dios le probó con una larga enfermedad. Nada sabemos de las circunstancias de su muerte ni en qué tiempo tuvo ella lugar. Era menos antiguo que San Macario á quien él fué á consultar, y el abad Tehonas cuyo ejemplo citaba en cierta ocasion; y floreció en Fermo con el solitario Pablo en 377, segun la cronologia de Bulteau.

DEL DESIERTO DE SCETÉ Y DE SAN MACARIO DE EGIPTO ¹.

El desierto de Sceté, que se há considerado como que estuviese fuera del Egipto, y el cual algunos autores creen ser el mismo que la Libia, estaba apartado de la Nitria como cosa de una jornada y media y distaba unas treinta leguas ó próximante de Alejandria, por la parte del mediodía. Es una muy vasta soledad en la que no se podia penetrar sin gran peligro de extraviarse, porque no habia ningun sendero que llevase allá, y para llegar á ella no podia uno guiarse sino observando el curso de los astros, lo cual poca gente se hallaba en estado de hacer. No habia en aquel lugar consuelo alguno para los sentidos. Hasta muy raras veces se encontraba allí agua; y cuando se la encontraba, era de mal olor, como sintiendo al betun; pero el gusto no era tan desagradable como el olor. El sitio que podia ser menos terrible, era un pantano; pero si presentaba alguna comodidad, estaba lleno de mosquitos y otros animaluchos cuyo aguijon era muy fuerte. A este terrible desierto fué á donde el espíritu de retiro y penitencia llevó á un gran número de solitarios, los cuales, habiendo puesto en el cielo todas sus esperanzas, no miraban la tierra más que como un destierro y se privaban voluntariamente para llegar al reino de los cielos, de todas las satisfacciones de este mundo. El número de los que allí se juntaron fué despues tan grande que fué necesario edificar allí cuatro iglesias en diferentes puntos para contener á todos los monges, y á fin de que tu-

¹ Vit. PP.. Los Bolandistas, Cotelier, Sócrates, Paladio.

viesen más facilidad de ir á ellas en los dias de asamblea. Sin embargo todavia habia algunos que no podian ir á las mismas sino desde muy lejos, puesto que el amor del retiro les llevaba a internarse en este desierto lo más que podian porque querian vivir separados de las criaturas para gustar con mayor libertad las dulzuras de la contemplacion.

Sin embargo lo que habia juntado á tantos santos en este desierto, ocasionó más tarde su destruccion. A medida que los primeros solitarios que en él se retiraron se hicieron célebres por su santidad, su reputacion atrajo á otros muchos, los cuales, degenerando poco á poco del fervor de los primeros, buscaron comodidades, y con esto se relajaron en las austeridades de los antiguos. Finalmente, aumentando la relajacion á medida que las comodidades eran allí mas buscadas, esto hizo creer á los Maciques, nacion errante y cruel, y que no estaba muy apartada de allí, que entre aquellos pobres evangélicos se podia hacer algun botin. Entraron pues en aquella soledad, llevados por esta esperanza, asolaron las celdas, degollaron á gran número de monges, y obligaron á los otros á buscar su seguridad en las inmediaciones de las ciudades. Estas irrupciones tuvieron lugar más de una vez; hasta que finalmente esta soledad estéril en frutos, pero tan fecunda en virtud y santidad no fué ya más que como un campo yermo y que se ha abandonado.

Esta desolacion de Sceté habia sido predicha por los principales Padres que al principio lo habitaban y á los cuales Dios habia comunicado grandes dones para la conducta de los demás y luces sobrenaturales para el porvenir. San Macario, cuya vida vamos á escribir, habia dicho: « Cuando veais una celda edificada cerca de la laguna, creed que está próxima la desolacion de Sceté; cuando viereis que se plantan árboles, calculad que está ya á la puer-

ta; y finalmente cuando viereis en él á niños, tomad vuestras pieles de carnero, y salvaos. » Habia tambien allí un viejo muy piadoso, que acostumbraba, cuando alguno queria edificar una nueva celda, ir á ayudar á edificarla, y lo hacia con tanta alegria y diligencia, que no se retiraba hasta que estuviese terminada. Pero, cierto dia, habiendo ido al sitio en donde se queria edificar una, púsose sumamente triste. Los hermanos le preguntaron la causa de esto y él les respondió: « ¡ Ah, hijos míos! este lugar va á ser pronto desolado. Yo he visto encenderse el fuego en Sceté, y los hermanos lo han apagado con sus hojas de palma. Se ha encendido por segunda vez y se le ha apagado del mismo modo. Finalmente hase encendido por tercera vez, y entonces la llama se ha dilatado por todo el desierto sin que se haya podido apagar. Esto es lo que me aflige como veis. » Por último estando cierto dia reunidos algunos padres de Sceté y hablando de lo que podria acontecer en lo sucesivo, viendo verosimilmente que la relajacion empezaba á introducirse y que se degeneraba del fervor de los antiguos, uno de ellos, llamado Cirion ó Isquirion, dijo: « Al presente procuramos cumplir lo que Dios pide de nosotros: los que nos sucederán no lo cumplirán más que á medias, y serán seguidos de otros, los cuales, en su mayor parte se apartarán de ello; pero los que permanecieren fieles entre estos últimos, siendo probados por la tentacion, serán mejores que nosotros y nuestros Padres. »

Por todo lo que acabamos de decir, se ve que el desierto de Sceté fué al principio habitado por los más célebres y respetables solitarios que hubiese en aquellas regiones. Casiano dice que allí se juntaba todo lo más santo que habia entre los monjes. Rufino asegura que practicaban una perfeccion eminente; y el autor del libro sexto de los Padres añade que ningun religioso que no tuviese bien en su corazon la perfeccion, no podia permanecer mucho tiempo

en un desierto tan desnudo de consuelos humanos.

Fué pues á medida que los solitarios buscaron estos consuelos terrenales en un lugar que Dios habia consagrado á la penitencia, y á medida que se relajaron del santo rigor de los antiguos, que atraieron á los Maciques á su soledad; lo cual hizo decir á San Arsenio que así como el gran número de habitantes habia perdido á Roma cuando por aquel mismo tiempo fué assolada, del mismo modo la multitud de monges habia perdido a Sceté. *El mundo*, dice él llorando, *ha perdido a Roma y a los monges de Sceté*. Los antiguos echaban en cara tres defectos principales á los que vinieron despues de ellos y que causaron la relajacion. El primero fué sobre el trabajo; porque los unos lo abandonaron por pereza y los otros hicieron de él su principal ocupacion por avaricia. El segundo fué la afectacion en los hábitos, cuya sencillez y pobreza cambiaron, y en los cuales introdujeron una forma más mundana que monástica, en cuanto podia permitirlo un hábito de penitencia. El tercero fué buscar las comodidades de la vida. Quisose plantar arboles y tener posesiones sobre la tierra; apegóse á ellas el corazon y se le apartó de sus deberes. Hay que añadir á esto la demasiada gran facilidad en recibir á niños bajo pretexto de educarlos, ó en admitirles demasiado pronto en la religion; porque no permitiéndoles su edad sostener todas las austeridades, hubo necesidad de mucha consideracion; lo cual insensiblemente se fué extendiendo á los que habrían podido cumplir con los deberes monásticos sin usar de las mismas dispensas. Notamos esto para mostrar cómo llegan á perderse las más hermosas instituciones. La ociosidad, la codicia, la inmortificacion, el espíritu del mundo, destruyeron la de Sceté. Lo mismo sucederá á todas las congregaciones y á todas las órdenes, desde el momento en que estos defectos se hagan en ellas comunes.

Sin embargo las predicciones de los antiguos sobre las soledades de Sceté se cumplieron á la letra. Aquella soledad fué dos veces assolada y dos veces poblada de nuevo, pero ya no por monges tan perfectos como los primeros. Con todo, en tiempo de Juan Mosch habia todavia religiosos eminentes en santidad, como lo diremos en su lugar, lo cual responde á la prediccion de aquel anciano que decia que los que en el tercer tiempo permaneciesen fieles, siendo más probados por la tentacion á causa del mal ejemplo de los religiosos totalmente relajados, serian todavia más perfectos que sus padres. Pero ya hemos hablado bastante del desierto de Sceté. Vengamos á San Macario.

San Macario nació en el Alto-Egipto al principio del siglo cuarto, esto es, en el año 300. Podemos presumir por una falta que cometió en su infancia que la pasó con mucha inocencia de costumbres; porque yendo á apacentar bueyes con otros niños de su edad, robaron estos higos, y él comió uno que al huir habian dejado caer. Despues, todas las veces que se acordaba de esto, lloraba con viva compuncion; lo cual hace ver que no tenia otra falta mayor que reprocharse. Asi que desde que estuvo en edad más avanzada, abandonó totalmente al mundo para librarse de su contagio y servir á Jesucristo con mayor seguridad; é imitando los comienzos de San Antonio, cuya eminente virtud tenia mucho eco, retiróse en una celda junto á una aldea para ejercitarse allí en la práctica de la vida ascética. El ardor con que á ella se entregó, hizo que en poco tiempo se adelantase mucho en la perfeccion monástica. Desde entonces se le consideró no solamente como un jóven que daba grandes esperanzas para el porvenir, sino como un religioso muy experimentado y cuyos ensayos en el combate espiritual eran casi los esfuerzos de los solitarios perfectos. A esto podemos llamar nosotros su primer retiro del mundo.

Lo que sabemos por sus historiadores, muestra que él habia llegado á un entero desapego y á una heroica paciencia, y Dios le honró desde entonces con sus más señalados favores. De ellos podrá juzgarse por los dos hechos que vamos á referir. Habiendo salido de su celda, encontró en ella al volver á un hombre que le quitaba sus pocos muebles y los cargaba en su camello. Muy lejos de demostrar por esto la menor tristeza, presentóse á él como si hubiera sido un forastero y hasta le ayudó á cargar su béstia. Pero cuando despues el ladrón quiso darle un latigazo para hacerla andar, no pudo hacerla levantar; porque ya es sabido que los camellos se agachan para recibir la carga.

Entonces entrando Macario en la celda y habiendo encontrado en ella una pequeña pala de hierro, de la que no se habia apercebido el ladron, presentósele, diciéndole: He ahí, hermano mio, lo que esperaba vuestro animal, y la puso con lo restante; despues de lo cual dió un puntapié al camello y le dijo que se levantase.

El animal, que no habia obedecido á su amo, se rindió á la voz del Santo. Anduvo un pedazo de camino, durante el cual el Santo conducia al ladrón, diciéndose á sí mismo con mucha tranquilidad: « Nada hemos traído á este mundo y nada debemos llevarnos de él. Dios me lo habia dado, Dios me lo quita; no ha sucedido sino lo que él quiso; bendito sea su santo nombre. » Sin embargo el camello no caminó mucho rato. Cuando hubo llegado á una cierta distancia agachóse otra vez y fué imposible hacerle dar un paso hasta que el ladron le hubo descargado y devuelto al Santo todo lo que le habia tomado.

Otra circunstancia mostró cuántos progresos habia hecho desde entonces en la paciencia. Fué acusado por una jóven de la aldea inmediata á su celda de una falta cuyo verdadero autor no quería ella designar. Los padres de

aquella jóven fueron á apoderarse del Santo, atáronle al cuello vasos de tierra, asas de cántaros y otras cosas semejantes, y le llevaron por toda la aldea, golpeándole hasta hacerle perder la vida y dirigiéndole toda clase de injurias. Macario no dijo cosa alguna, y hasta consintió en sufrir las condiciones que se le imponian como si hubiese sido culpable; pero muy pronto la jóven tuvo que confesar su mentira, y toda la poblacion se dirigió á hacer una reparacion al Santo. Entonces fué cuando se salvó en el desierto de Sceté.

Macario tenia cerca de treinta años cuando se retiró á Sceté, y vivió todavía sesenta en los trabajos de la mortificacion religiosa. Créese que San Macario de Alejandria habia edificado ya un monasterio en aquel desierto. Sin embargo algunos historiadores han considerado á San Macario de Egipto, como el fundador de los solitarios en aquel lugar, y han mirado al otro Macario como el Jefe de los religiosos de las Celdas. Eran contemporaneos y pudieron comenzar su obra poco más ó menos al mismo tiempo.

Estando pues nuestro Santo establecido en el desierto de Sceté, aplicóse con tanto mayor ardor á los rudos trabajos de la vida monástica, cuanto que con la impetuosidad de su juventud se sentia con mayor fuerza para sostenerlos. Por ahí se elevó á un muy alto grado de discrecion y de sabiduria; de suerte que se le llamaba el jóven viejo, habiendo adelantado en la virtud sobre lo que era propio de su edad. Su gran reputacion atraia ya á su desierto á un gran número de solitarios, cuando para aprovecharse más á sí mismo y para aprovechar más á los otros, fué á ver á San Antonio, cuya montaña estaba á quince jornadas de allí. Oyéndole el Santo llamar á la puerta, abrióle y le preguntó quién era. Respondió que era Macario; y al instante el santo viejo, que queria probar su virtud, cerró la puerta y le dejó esperar afuera. Macario estuvo así hasta

que San Antonio viendo su paciencia, le abrió de nuevo, le abrazó con amistad, y le dijo que deseaba mucho verle, habiendo tenido noticia de su manera de vivir. Y como se apercibiese de que estaba cansado, ejercitó para con él todos los deberes de la hospitalidad.

Por la tarde San Antonio se ocupó en mojar hojas de palma de las que hacía sus esteras, y San Macario le suplicó que le diese también algunas para hacer lo mismo, lo cual él hizo; y como que San Macario era más joven trabajó algunas más. Después se sentaron, conversaron sobre lo que atañe á la salvación trabajando en hacer esteras, las cuales bajaban por una ventana á la cueva en donde San Antonio moraba ordinariamente. Habiendo entrado en ella este Santo al día siguiente, apercibióse del gran número de esteras que Macario había hecho y besándole las manos, le dijo: « He ahí unas manos en las que hay mucha virtud. »

A su vuelta á Sceté, ya fuese en el mismo viaje, ó ya en algún otro que hizo, lo cual no explica en sus Actas, los solitarios le salieron al encuentro y les dijo que había visto á San Antonio y que le había dicho que no tenían iglesia para celebrar el santo sacrificio. No le preguntaron por lo pronto lo que el Santo le había respondido, sino que pasaron á otras conversaciones, y él no creyó deberles hablar más de esto. Con ocasión de lo cual, su historiador fundado en uno antiguo hace la siguiente hermosa observación. « Era costumbre de estos santos que, cuando veían que sus discípulos no les hacían preguntas sobre cosas útiles á su alma, procuraban ellos hacer que se presentase la ocasión de las mismas en sus conversaciones. Y si nó se les instaba á decir más, no pasaban adelante, por miedo de que dijese que hablaban sin ser preguntados, y se les acusase de hablar sin necesidad. »

Para entrar en más detalles de sus austeridades, confesó

él mismo á Evagrio, que fué discípulo suyo durante algún tiempo, que había pasado veinte años enteros sin comer ni beber, ni dormir cuanto hubiese querido. « Porque, añadía él, no comía más que una cierta cantidad de pan que yo pesaba; media el agua, y apoyándome solamente en la pared, tomaba como á hurtadillas el poco sueño sin el cual no podía pasar. » Su regla ordinaria era no comer sino una vez á la semana. Quería que sus discípulos se acostumbrasen á una gran mortificación; y el mismo Evagrio contaba que hallándose en su compañía á la hora de mediodía, como se sintiese sumamente apretado por la sed, le pidió permiso para beber agua; mas él le respondió: « Contentaos, hijo mío, con estar á la sombra; porque á la hora en que estamos, hay muchas personas las cuales, viajando por tierra ó por mar, están privadas del alivio que vos teneis. » Fueron conversando entonces sobre la mortificación, y el Santo para animarle le refirió de sí mismo lo que acabamos de decir:

Paladio dice con ocasión de su abstinencia, que es inútil hablar de ella; porque aun cuando ella fué muy grande, no se distinguía mucho de la de otros solitarios; puesto que, añade, los monges menos austeros y que viven cerca de los lugares habitados, no están sujetos á la gula, y este vicio es todavía mucho más desconocido entre los que se hallan en el fondo del desierto, ya por la escasez de todas las cosas, ya por el celo divino que les inflama y anima á sobrepujarse unos á otros por las diferentes austeridades que practican.

San Macario amaba tanto la mortificación y la privación de todas las comodidades de la vida, que habiendo ido á verle dos solitarios, no encontraron en su celda más que agua fétida. Quedaron sorprendidos de ello y se ofrecieron á llevarle á poblado para restablecer sus gastadas fuerzas. Como le instasen á esto, les dijo: « Hermanos míos, Sa-